

Tiempo sin tiempo, de JAVIER VERGARA HUNECEUS. Ediciones
Andes. 1965

Javier Vergara Huneeus es, tal vez, el poeta más huraño de nuestra tierra. Desde 1940, año en que publicó *Viento en las jarcias*, libro de poemas, premiado por la Sociedad de Escritores de Chile, guardaba el más contumaz silencio. Y habría permanecido en él, a no mediar la insistencia del editor para arrebatarse de las manos *Tiempo sin tiempo*, a fin de entregarlo a las prensas.

Dice Kempis que “los letrados gustan de ser vistos y tenidos como tales”; sin embargo, el poeta Javier Vergara Huneeus es una excepción; no cualquier escritor o poeta resiste un cuarto de siglo la tentación de publicar sus obras. A pesar de la excelente acogida que tuvo *Viento en las jarcias*, Javier Vergara Huneeus se obstinaba en su esquivo silencio.

Tiempo sin tiempo tenía el Premio del Congreso por la Libertad de la Cultura en 1959; mas, el autor, a través de seis años, leía y releía, con un espíritu de autocritica rayano en el egoísmo, ya que privaba a las letras nacionales e hispanoamericanas de un valioso aporte lírico. Esta desconfianza en el propio mérito literario es credencial de los hombres de buen gusto, de los verdaderos artistas, de aquéllos que saben distinguir la auténtica belleza de las sutiles extravagancias engastadas en los oropeles del lenguaje ininteligible de algunos poetas y literatos contemporáneos.

El último Concurso Municipal de Poesía, al que concurren catorce autores, es una palmaria demostración de nuestro aserto: de todos los oponentes, el jurado seleccionó sólo cuatro obras. No concurren, desgraciadamente, Javier Vergara Huneeus, Hernán Montealegre y el Padre Joaquín Alliende Luco, cuya sincera modestia anda a la par con su esmero para poetizar.

Javier Vergara Huneeus explica, en diez páginas de una tersa prosa lírica, lo que él entiende por poesía: “La poesía —dice— es asunto de amor, de hacer, de plasmar; diferente de la metafísica, que es una cosa de intelección, de definición: la filosofía piensa, la poesía adivina” (Pág. 11). En *Tiempo sin tiempo*, título con reminiscencias de eternidad, todo es amor, angustia y suave clamor para lograrlo y retenerlo: “Amor mío, trocabas / mi sarmiento en rosal. / Amor mío, mis trigos / convertías en pan. Amor mío, saciaba / mi sed tu manantial. / Amor mío, paloma, / te enseñaba a cantar. Amor mío, tu ausencia / ya no puedo nombrar. / Amor mío, amor mío, / para siempre jamás. “Amor mío”. (Pág. 31). Y después este otro cuarteto: “Olvido”, de indefinible hermosura: “Viviera desamorado / si no muriera de amor, / que en búsqueda del olvido / olvidé mi corazón”. (Pág. 35).

A través de todos los poemas, se ve el alma atormentada del autor; con razón dice: “Poesía es inmanencia en él (poeta), anterior y superior al poema que la descarga. Se es poeta —poeta de la Poesía— sin haber escrito un solo verso, por singular actividad del espíritu y por reclamo del temperamento”.

“A veces el impulso hacedor apremia con tal vehemencia, que irrumpen simultáneamente, como atropellándose, el verbo, el sustantivo y hasta adjetivos. La intervención entonces del orden lógico, al alinear disciplinadamente los

vocablos, malogra la creación interior. El caudal de su belleza no cabe en la torrencera angosta de la censura nacional". (Pág. 14). Es lo que acontece a Javier Vergara Huneus: su drama ha sido muy hondo, muy doloroso; el verso impecable, de clásica elegancia, apenas deja entrever su congoja; la ahoga, el verbo, la palabra, vehículo de la limitada expresión humana: "El jardinero feliz, tuve la rosa / de mi rosál, efímero portento. / Ahora me florece soledoso, / azul y humilde, a veces, el romero. / Iluso mayoral, yuve majada. / Ahora unas ovejas apaciento. / Sin mastín, sin esquila, sin cayado, / perdí en el monte un recental cordero. / Lejano está el redil. La noche inmensa, / la noche ya negrea sobre el cerro / que repechan mi angustia y mi fatiga. / Toma mi parvedad, como tomaste / mi única rosa; guárdate el romero, / Dios, pero dame el recental perdido". "El recental perdido". (Pág. 61).

Un cuarteto, última estrofa del poema "Me haces falta", dice también algo de lo que Vergara Huneus siente: "¿Cómo decirte ahora / esto tan solo, a solas, / este silencio a gritos / de florero vacío?".

"El poeta engendra en la belleza —escribe el autor—. El poema su criatura, nunca es tan bello como su madre la belleza". (Pág. 14).

Pero Javier Vergara Huneus logra en el verso esa hermosura plena de espontaneidad y sencillez; el lenguaje y el ritmo es de hoy, corresponden a la inquietud desconcertante de nuestros días; mas en su canto hay algo de esa suave, limpia y arrobadora emoción de los clásicos españoles del Siglo de Oro. Copiemos su primer soneto de perfecta estructura métrica: "Tiempo Sin Tiempo": "Tiempo sin tiempo, surco de arado, / a lo largo mi páramo, mi vida / muerte a lo largo, arena tan ardida, / tan sedienta mi tierra al sol airado. / — Eco de soledad, tan delicado / caramillo pastor, tan escondida / grey de melancolías, tan herida / música en el silencio inmaculado. / Aroma de la rosa reclusa / en su hermosura próxima, inasida, / mar sin tiempo, absoluta dividida / en dos por mi naufragio en lo ignorado". (Pág. 25).

En estas estrofas se trasluce la sobriedad y ausencia de artificios de Fr. Luis de León.

"En Tiempo sin tiempo", como en todos sus poemas, se realiza el anhelo del poeta: "Es su propio rostro emocional lo que quiere ver reflejado en el espejo del poema". (Pág. 15).

"El poema es una realidad estética que enlaza dos intuiciones: la del poeta y la del lector. La obra registra la intuición de aquél y suscita la intuición de éste. Su operancia comienza en el instante en que el lector capta la intuición generadora, en concordancia con la emoción del autor".

En el verso de nuestro poeta, contrariamente a lo que acontece con el de algunos cultivadores de la gaya ciencia novísima, el lector percibe instantáneamente su hondo drama. Es que, en realidad, como afirma el autor: "no hay poesía sin experiencia, sin vivencia entrañada, sin grande y anticipada asimilación de zumos de gozo y de padecer, sin saboreo largo de sus agridulces derivados". No cabe duda de que *Tiempo sin tiempo* es la expresión de largos padecimientos: "Tú, la de ayer, que el mar sin tiempo evoca: / estás en mí, tan mía, tan de veras, / tu marea subiéndome a la boca, / tu aroma, tu sabor, tu

miel entera. / Estallan tus espumas en mi roca, / me rindes tu rocío, persevera / tu resaca en mi arena, el mar invoca, / tañe tu viola tierna en la ribera. / — Enarca mi avidez tu ola rompiente, / retumba su derrumbe exasperado / por el cielo, el de ayer, igual y ausente. / — Tú en el cielo de ayer, tú en el poniente / sol me inflammas: tu fuego derramado / en la playa, suntuoso, permanente”.

“En una evolución libre, normal”, el poeta fue orientándose hacia Dios: “no hay poesía grande sin religiosidad”, declara categóricamente Vergara Hunceus. El, después de mucho penar, descubrió a Dios: “Me llego a Ti, confluyes en mí mismo, / en todo te consigo, / me devienes. / ¡Qué abrazo musical, inmensurable, / del universo tuyo y mi ser breve!”. (Pág. 89).

Pide, el poeta, la muerte en manos de Dios: “se marchita en mi mano tosca, impura / dame, Señor, mi muerte y a tu lado / para vivir al fin vida segura”. “Vida Segura”. (Pág. 91). En este soneto, cuya última estrofa se transcribe, como en “Tu imagen”, hay una desesperada petición al Creador delatadora de la tragedia íntima del lírico que no logra aquietar su profunda fe religiosa: “Si me hiciste tu imagen, semejanza, / espejo en que mirabas tu belleza; / si ahora no soy más que esta tristeza / de arcángel que perdió toda esperanza; / — si me dejas así, sin tu privanza, / en mi barro cansado, en mi pobreza / inútil; si me niegas tu promesa / de cobijarme en ti, en tu venturanza; / si me hiciste tu espejo sin olvido; / si me esquivas tu imagen, agraviado; / si estoy, por semejarle, tan herido, / — ¡renuévame el azogue desvaído, / mírate en mí de nuevo reflejado, / o tórname a la arcilla, inexistido!”. (Pág. 97).

En estos versos hay remembranzas del estilo poético de los místicos españoles: San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Termino, convencido de que no soy el crítico de poesía anhelado por Javier Vergara Hunceus en “Vocabulario Incierto”: “Suele darse, muy de siglo en siglo, un ser extraño, resonador de muchísimos y diferentes sonidos, de monstruosa sensibilidad, degustador estético por excelencia, poeta de toda poesía: el crítico”.

“El crítico de poesía sólo puede lograr su cometido cabalmente recreando poéticamente, valiéndose de las mismas intuiciones que advierte en el poema o de otras afines que, por simpatía personal, surgen de sí propio”.

“Este quehacer reclama un sentido de apreciación, una facultad de síntesis intuitiva, una capacidad expresiva tales, que sólo pueden coincidir en el poeta”.

Aún sin valerme ni de intuiciones afines, la lectura de los poemas de Javier Vergara Hunceus deja en nuestro espíritu la amable sensación de que es un lírico inmensurable, cuyo verso nos transporta al *Tiempo sin tiempo* del clasicismo.

Los sueños terrestres, de F. GONZÁLEZ-URÍZAR. Nascimento. 1964

El poeta ya no anda por las nubes, ha bajado a los sueños terrestres; sin embargo, no ha descendido; al contrario, sus versos son hoy más puros, más eleva-